

La crisis mundial

LOS mensajes de los jefes de Estado al terminar el año son tradicionales. Están compuestos por una misma fórmula, año tras año: una invocación a la paz, la seguridad de que cada uno de ellos la defiende hasta todos los extremos y la sospecha de que los demás países no hacen exactamente lo mismo. Hay un repaso de la política interior y de los problemas peculiares del país, compuesto por una base de optimismo —el poder es obligatoriamente optimista: tiene que asegurar sus posibilidades de ofrecer salidas— y por algún componente de preocupación. La preocupación se tiene que hacer recaer sobre circunstancias generalmente ajenas: la crisis mundial o la incompreensión de la oposición —que también es obligatoriamente pesimista, puesto que su papel es acusar al poder de ineptitud—. La fórmula se ha repetido inevitablemente en este cambio de año, en todos los países, con un matiz bastante señalado: la parte de preocupación, de reservas, de inquietudes ha crecido. Se ha utilizado profusamente la palabra crisis. Estamos en una crisis mundial, que atañe a los cinco continentes.

La constatación de la crisis no ayuda mucho, sin embargo, a comprender sus perfiles. Se dice en Occidente, y por los críticos marxistas,

que estamos ya en el estallido de las contradicciones internas del capitalismo. Un párrafo de "Tribune Socialiste", órgano del PSU en Francia, resume la esencia de este pensamiento: "La sucesión de medios empleados por el capitalismo no consigue contenerla (la crisis). Ante tal situación no son suficientes las medias medidas: o es necesario continuar dentro de la "prudencia" actual y sacrificar los intereses de los trabajadores en favor de aquellos que el capitalismo no consigue defender solo, o tondre-

mos que comprometemos en la ruptura con el sistema. Que no podrá realizarse sin luchas de masas". Son palabras que se vienen escribiendo desde hace más de cien años. Ello no evita que los países que tienen planteado el régimen socialista en distintos grados, desde las socialdemocracias europeas hasta los diversos matices del comunismo, estén también alcanzados por la crisis. Algunos, con la extrema gravedad que se muestra en China, y que no sería justo atribuir exclusivamente a la desaparición de Mao Tse-tung. La presencia de Mao en China bloqueó la exposición directa de la crisis, no sin

algunos sobresaltos como el de la revolución cultural, de la misma forma que la de Stalin la enmascaró en la URSS o, en otra medida, la presencia de Franco contuvo no la crisis, sino su expresión, en España durante mucho tiempo, y vivimos ahora de esa antiherencia.

Los modos o maneras de administrar un país, a los que solemos llamar regímenes, o formas de régimen, son naturalmente determinantes de la justicia distributiva de dicho país, del fomento o de la pérdida de su riqueza. Pero no exclusi-

hasta estos momentos de coexistencia pacífica que difícilmente podemos aceptar que haya conseguido un régimen auténticamente socialista. Cierto que hay una justicia distributiva, una administración, totalmente distinta de la de los países capitalistas, y que ha dado un inmenso salto adelante en estos años —como lo ha conseguido China—, pero todo el desarrollo económico y político se ha desvirtuado. Se ha contraído, ha llegado a unos extremos de violencia de régimen que no son los previstos por Marx. Este esquema es prácticamente el mismo que se puede encontrar en los doscientos años de existencia de Estados Unidos: los orígenes de democracia pura y de humanismo que brotan de los textos fundamentales se han convertido en un imperio duro para con los demás —con los colonizados de alguna forma— y en una sociedad crispada y rígida.

Algunos de los analistas de esta larga crisis que se agudiza ahora estiman que la causa principal es la falta de guerra. Es una opinión conservadora y pasadista, pero que tiene su interés. Una situación de enfrentamiento como la que llevamos viviendo desde hace años entre dos potencias dominantes —y sus grupos respectivos—, se ha resuelto siempre con una lucha ar-

Eduardo Haro Tecglen

vamente: ni mucho menos. Ningún régimen parte de cero, aunque proceda de una revolución —de derechas o de izquierdas— ni ningún régimen es impermeable a las circunstancias mundiales. Se ha llegado a un cierto internacionalismo en este aspecto. Cualquier evolución política está referida muy directamente al mundo en torno. Si pensamos en los fallos del régimen soviético, por ejemplo, encontraremos que las presiones violentas —la guerra civil, el cordón sanitario— del exterior, y las presiones económicas, como fuerzas exteriores, han influido tan seriamente en su desarrollo desde el mismo 1917



Si las salidas se obstruyen como en Italia, donde los resultados electorales han cambiado en muy poco la forma de gobierno y el peso lo siguen llevando las clases pobres, no servirá de nada.



La presencia de Mao en China bloqueó la exposición directa de la crisis, que ahora, sin embargo, se manifiesta. En la foto, una multitud examina los carteles colocados en un muro de Pekín, y en los que se solicita la rehabilitación del ex primer ministro Hsiao Ping, protegido por Chu En-lai.

mada, que ha permitido la implantación de un "orden" mundial. Problemas de diversas índoles han quedado resueltos por la guerra y la fuerza, y se han eliminado de la Historia. La falacia de este argumento consiste en que cada guerra se ha examinado, por sí sola y de una manera anecdótica, a veces tan absurda como la de considerar, por ejemplo, que la primera guerra mundial estalló como consecuencia del asesinato de Sarajevo. La realidad es que cada una de las guerras europeas, desde hace siglos es consecuencia de la anterior y ha llevado el germen de la siguiente. Y que los problemas no se han resuelto nunca. Si se piensa que por ejemplo la unificación de Serbia, Croacia y Eslovenia en un solo país —Yugoslavia—, plantea todavía problemas, que la situación antigua de los Balcanes se manifiesta entre Grecia y Turquía (y que tiene lejanos antecedentes todo ello en la caída del imperio otomano), se verá que ciertos problemas no han sido resueltos nunca por las guerras. No olvidemos que algunos problemas españoles, como el de las nacionalidades, y otros menos visibles que atañen a la situación social de España, vienen ya de los Reyes Católicos —la forma de la unificación, por una parte; por otra, el destrozamiento laboral que causó la expulsión de judíos y moriscos, la creación de la casta guerrera, el desprecio al trabajo de las castas superiores, el reparto de tierras para la creación de latifundios.— y

que los sucesivos regímenes no han conseguido borrar.

Pero es indudablemente cierto que la ausencia de guerras, o la falta de categorías resolutivas, como consecuencia del equilibrio del terror y, sobre todo, de una repulsa popular a esta forma de dirimir contenciosos, ha vulnerado seriamente todas las ideologías, tomadas éstas no como deseos de futuro, sino como fórmulas de gobierno. Unido esto a la expansión de las dudas sobre la verdad absoluta que nos ha traído la revolución científica, ha arrojado sobre el mundo una especie de desesperación fría y una pérdida de las señas de identidad política. Si en toda la historia ha habido tráfugas, los de ahora se justifican más por esta dificultad de conciencia de adherirse absolutamente a una idea que pueda durar lo que toda la vida humana de quien la toma.

Una parte de la crisis mundial se explica por la falta de una gobernanza suficiente en cualquiera de los grandes países del mundo. Los gobernantes, hoy, no van a la cabeza de sus naciones, sino a remolque de las circunstancias. Los frenéticos viajes de los grandes gobernantes dan la sensación de que van continuamente en busca de algo que no pueden encontrar en su interior. Las alianzas y los proyectos económicos saltan ya por encima de las barreras ideológicas. Esto es seguramente un bien para todos, pero crea unas confusiones que al ciudadano le parecen intolerables. Porque, a su vez, modifican toda la

política interior. O, lo que es peor, no la modifican, sino que suscitan contradicciones.

En este punto de irregularidad política —irregularidad con respecto a lo conocida anteriormente— se plantea una forma de crisis económica a la que se pueden dar todas las refinadas interpretaciones que se quieran, y todos los análisis, pero que se centra en una verdad inmediata: no hay suficiente para todos en el mundo. El asalto demográfico es enorme, aunque se siga negando por conservadurismo (izquierdista y derechista), y la distribución de las riquezas cada vez más desproporcionada. El abismo entre un ciudadano europeo y el de un país colonizado se ha abierto mucho más en los últimos cien años: había menos diferencias entre un inglés pobre del siglo XIX y un hindú de la época de las que hay ahora. El consumismo de la sociedad occidental en la última posguerra ha sido un terrible pillaje; aún lo sigue siendo. Ciertas formas de respuesta de los saqueados, como con el aumento de las materias primas —y, sobre todo, de la energía— son todavía irregulares, son insatisfactorias para los países explotados —para muchos de ellos, aumentan el dramatismo de la situación—, pero son ya un principio de una forma nueva de lucha. Que sigan siendo explotadas por el gran capital mundial es otra cuestión.

Algo se está viendo ya en esta crisis mundial como bastante claro: el consumismo tiene que terminar de alguna forma. Este despilfarro equivale a una guerra mundial de ricos contra pobres. Pero en el momento en que se está tratando de limitar el despilfarro se quiere cambiar una civilización que se nos había dado como estable, la de la

sociedad de consumo. Las clases dominantes en Occidente sólo ven, de momento, una manera de limitar el desgaste, que es el de hacer pesar sobre las clases menesterosas el nuevo sistema económico. Las razones de las cifras de paro en todos los países europeos, de la supresión de horas extraordinarias, de la disminución continua de los valores adquisitivos de los salarios, no son "la" crisis mundial, sino la forma de enfrentamiento de los sistemas capitalistas en vigor —que van perdiendo su "neo" al regresar a situaciones de urgencia— para su defensa propia. Es el equivalente de una contrarrevolución, de la que apenas estamos conociendo el inicio.

Las respuestas de estas clases así manipuladas se están viendo: un cierto predominio de la izquierda, sobre todo en los países donde más dura es la situación. Se está buscando de nuevo y urgentemente la democracia que se había perdido en la posguerra: se están revitalizando los sindicatos y las acciones de masas en sus diversas formas posibles. Pero los resortes ideológicos fallan, por las razones antes apuntadas.

El vistazo posible a 1977 desde estas perspectivas es, más que sombrío, negro. Estamos dentro de la crisis mundial, pero sólo estamos en el principio. Tiene que agravarse más.

La cuestión esencial es que las válvulas de escape de las democracias pueda funcionar rápidamente y bien. Estas válvulas de escape, conocidas, son las elecciones, los debates públicos, la apertura a nuevas formas de ideas. Si las salidas se obstruyen, como en Italia, donde los resultados electorales han cambiado en muy poco la forma de gobierno y el peso lo siguen llevando las clases pobres, no servirá de nada. Una gran parte de la derecha española ha comprendido que son esas válvulas de escape democráticas las únicas que pueden evitar que en el presente, y sobre todo en el futuro, la presión haga estallar la caldera nacional. Pero veremos lo que sucede cuando se trata de que la nueva configuración del país que salga de esas elecciones trate de administrar de otra manera los dineros públicos.

Cierto que la solución inmediata de nuestros problemas económicos no va a venir de una nueva constitución del poder, ni siquiera de una nueva administración, porque, como queda dicho, una gran parte procede de la antiherencia recibida, y otra gran parte de la influencia de las circunstancias mundiales. Ninguna forma de administración política puede resolver en los próximos años la crisis española, como no se va a resolver la crisis mundial. Pero solamente la idea de que se enfoca una nueva administración, de que el reparto de las cargas es equitativo, y también el de los beneficios, puede contener unos problemas de masas que ya están siendo extremadamente graves en el país, y que van a serlo todavía más en este año. ■